



LA VIVIENDA EN LA OBRA DE MIES VAN DER ROHE

Por Antonio Fernández Alba.



El problema de la vivienda ha sido estudiado en todos los sentidos. Los últimos estudios del C. I. A. M., las experiencias realizadas en Peckham por los urbanistas ingleses, análisis muy estimables en el campo de la sociología, vienen a demostrar como resultado práctico que toda planificación para el futuro deberá estar cimentada en una nueva unidad funcional: «la familia en su hogar». El concepto del individuo en sí ha perdido todo su valor; la idea del individuo y del individualismo en las cosas, según el antiguo criterio, son hoy conceptos olvidados o deberían serlo para los arquitectos.

Ludwig Mies Van der Rohe, colaborador con Gropius en el movimiento arquitectónico alemán, que culminaría en la Bahaus de Dessau, es, sin duda, una de las figuras con más clara

inteligencia en el panorama arquitectónico mundial. Discípulo de Behrens, integra en la obra de sus primeros años las corrientes arquitectónicas del «expresionismo alemán», analizándolas a la luz de un prisma que será la constante de su obra.

En 1920 proyecta dos rascacielos de cristal, con una organización en planta que recuerda, en cierta manera, la película abstracta dirigida por Viking Eggeling. Estos edificios, como las oficinas que proyecta en 1922, cambian el concepto del muro: láminas de vidrio van a sustituir a los elementos de fábrica. En su estructura interna, Van der Rohe, en el decir de Van Doesburg, es un arquitecto anatómico, y busca la economía de medios y el cálculo responde a un meticuloso trazado geométrico, donde aloja las necesidades del proyecto.



En el año 1924 proyecta el «Country House», donde los ambientes externos cerrados se suceden en el interior con paneles de cristal, creando una nueva sensación de espacios. Estos conceptos de una arquitectura con nuevos espacios canalizan en la obra, quizá la suprema expresión de sus trabajos, del pabellón de Barcelona en el año 1929.

Cuando, en el año 1931, se organiza en Berlín una exposición de la edificación a gran escala, en la que intervienen Gropius, Moholy-Nagi y Heriberto Bayer, de la Bauhaus, Van der Rohe construye para esta exposición una casa de una planta con paredes de cristal e interiores continuos, destinada a un soltero. Merced a él, el muro, que en los métodos tradicionales es el elemento sustentante de la edificación, es sustituido por pilares continuos de acero a la vista, que atraviesan libremente los paños de la casa. En el interior, la facilidad de estructura deja en libertad la composición orgánica de la casa; el pilar visto adquiere una expresión distinta de la de su expresión estática. En estas casas la vida del hombre está íntimamente relacionada y nada queda aislado; un constante deseo por no ahogar los espacios, tabiques rebatibles de suelo a techo, que permiten al inquilino modificar a su capricho o necesidades los espacios internos: unión de habitaciones sin puertas, organización del trabajo y del espacio dentro de la cocina, etc.

En 1938 es invitado por los Estados Unidos y trabaja en Chicago; treinta años después de sus primeros estudios sobre el rascacielos, cons-

truye, junto al lago Michigán, el «Promontory Apartments». Son, en realidad, dos edificios formando unidad; «en sus detalles—como escribe Gideon—, de una austeridad monástica», elementos verticales de hormigón armado, perfilados con extraordinaria sensibilidad.

Uno de los últimos trabajos que verdaderamente encierra un manifiesto arquitectural la constituye la casa de «Farnsworth, en Illinois», donde los conceptos habituales de la vivienda quedan abandonados, aunque se pueda pensar que la intención plástica ha prevalecido a las cualidades accesorias. La habitación comprende un solo volumen vidriado, por los cuatro lados, en medio del cual se cierra un bloque de servicios que contiene dos cuartos de baño, una chimenea a la que se adosa una cocina; la separación de habitaciones se realiza por una pequeña prolongación del bloque de servicios que organiza los espacios interiores.

En Lake Shore Drive levanta, últimamente, dos inmuebles de estructura metálica y sus fachadas totalmente vidriadas; una estructura exterior resistente, pintada en negro, ordena los alzados, completándola una estructura secundaria que soporta los paneles vidriados de lado a lado. Cada inmueble está compuesto de veinticinco pisos; ocho y cinco apartamentos, respectivamente, distribuyen las plantas de los dos bloques; un garaje para 116 coches, un restaurante y servicios generales completan las instalaciones.

La circulación vertical está asegurada por dos ascensores de una capacidad de trece personas cada uno; calefacción por paneles radiantes combinados con tubos perimetrales en fachada. Para mejor regulación del ambiente se dispone de instalaciones de acondicionamiento de aire; los paños de vidrio van provistos, en su parte interior, de un mecanismo que permite graduar la luz durante el día mediante unas tupidas cortinas, logrando un efecto de color dentro de la rígida geometría arquitectónica.

Mies Van der Rohe, con su doctrina arquitectónica, ha hecho posible—no sólo dando a la estructura metálica una estética necesariamente ascética, sino un concepto nuevo en la manera de vivir—aquella profecía del año treinta y tres, en que se efectuaba la transición del método artesano a la industrialización y se marcaba una nueva orientación a la vida. Su obra tiene suficiente fuerza para dejar al margen conceptos racionalistas que en nada enturbian su puesto de avanzada.